

## Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales

El medio rural es hoy en día un escenario más del flujo global de capitales, personas e información propio del capitalismo informacional, que experimenta igualmente los procesos característicos de la tardo-modernidad. En este contexto se analiza la situación en la que se encuentran las mujeres rurales, y especialmente las jóvenes, en relación con su integración laboral, y los discursos sobre el arraigo y el desarraigo que emergen al tratar de resolver el dilema que plantea “ser modernas y de pueblo” a la vez.

**Palabras clave:** Jóvenes Rurales. Género. Identidad Rural. Arraigo rural. Mercados de Trabajo.

El título de este artículo se apropia, espero que con la amable comprensión de su autora, de una frase de la profesora Cecilia Díaz Méndez, que sintetiza de forma brillante una de las principales líneas de investigación actual sobre juventud, género y medio rural. Señala Díaz Méndez que el medio rural es “una sociedad tradicional para mujeres modernas” de forma tal que el arraigo femenino se está construyendo desde un proceso de profunda redefinición de la identidad rural, que las jóvenes acometen para poder “ser modernas y de pueblo a la vez” (Díaz Méndez, 2005).

El interés por la identidad y todos los procesos sociales que se construyen en torno a ella es una de las características de la sociología en estas sociedades de la “modernidad tardía”, de la globalización, del capitalismo informacional, de la fragmentación de las trayectorias laborales y la quiebra de los modelos que antaño marcaron los proyectos colectivos y las biografías individuales. Con todo, esos modelos siguen ocultando a través de estereotipos o relatos míticos de diverso tipo la visión de muchas realidades sociales. Quizá el medio rural sea uno de los espacios discursivos más propicios al espejismo que nos hace ver como real algo que existió, pero ya no existe. La construcción de nuevos relatos sobre la propia identidad, sobre lo que es ser rural, lo que es ser una mujer joven, o un hombre joven, y “de pueblo” es un terreno especialmente fecundo para el análisis sociológico en este momento.

Como he señalado en otras partes, la sociología rural introduce la perspectiva de género en sus análisis de una forma un tanto forzada y ante una emergencia social, por así decirlo (Sampedro, 2006). El pensamiento feminista no casa especialmente con una disciplina que ha sostenido, de una forma más o menos explícita, el carácter “especial” de las sociedades rurales. Estas se articulaban supuestamente sobre una institución familiar y unos lazos comunitarios impermeables no ya a los conflictos de clase sino también, y muy especialmente, a los conflictos de género o generacionales. La guerra entre los sexos y el menoscabo de la familia -principios que el sentido común, y bastante del académico, atribuyen de forma caricaturesca al pensamiento

feminista- no tenían lugar en el mundo rural. Y si lo tenían era por influencia urbana, por la “urbanización” del medio rural. Pero el proceso de masculinización rural comenzó a poner en evidencia lo poco atractivas que resultaban para muchas mujeres las idílicas instituciones familiares y comunitarias, y el carácter androcéntrico y patriarcal de los procesos de desarrollo que llevarían de una ruralidad campesina a una ruralidad plenamente moderna e integrada en la economía mercantil. La falta de mujeres, y sobre todo de mujeres jóvenes, se convertiría –aún lo es hoy en día- en el principal problema de desarrollo de muchas áreas rurales, dotadas, por otro lado, de todas las comodidades y *gadgets* propios de la modernidad (cómo expresa con una maravillosa sensibilidad la directora Iciar Bollain en su película “Flores de otro Mundo”). El género aparece así como un nuevo elemento clave en la sostenibilidad social de las áreas rurales.

Si la reflexión sobre las relaciones de género en el medio rural comienza hace tres décadas pensando por qué se van las mujeres, en este momento, la reflexión tiene que ver más bien con la pregunta de por qué se quedan las que se quedan. Es decir, es una interrogación sobre los procesos de arraigo y de identidad, y sobre las estrategias laborales, familiares y discursivas que están desplegando las mujeres jóvenes que deciden quedarse en el medio rural.

En lo que sigue pretendo hacer esta reflexión, apoyándome en investigaciones recientes sobre la realidad de las mujeres que habitan el medio rural hoy. En primer lugar, abordaré aquellos datos y procesos que nos obligan a prescindir cada vez más del concepto de sociedades rurales, para empezar a hablar de “procesos sociales en el territorio”. En segundo lugar, describiré en qué situación se encuentran las mujeres, y especialmente las mujeres jóvenes, en relación a su integración laboral y la eficacia potencial de las estrategias que desde las políticas de desarrollo rural buscan “fijar” a las mujeres al territorio. En tercer lugar, presentaré algunos datos exploratorios –extraídos de una investigación de tipo cualitativo-, sobre la identidad y las actitudes de arraigo y desarraigo de las mujeres jóvenes respecto al medio rural en el que habitan. Por último plantearé cómo este conocimiento puede enriquecer e incorporarse a la intervención social que busca promover la igualdad de género en el medio rural.

## 1.- De las sociedades rurales a los procesos sociales en el territorio.

¿Cómo es la juventud rural? ¿Cuáles son sus expectativas? ¿Qué la diferencia de la juventud urbana? La respuesta más atinada a estas preguntas hoy por hoy sería “nada”. Las jóvenes y los jóvenes rurales son básicamente igual que las jóvenes y los jóvenes urbanos, tienen las mismas pautas de ocio, los mismos estilos de vida, comparten los mismos gustos y preocupaciones. Viven en entornos donde la calidad de vida hace ya tiempo que no es, en sentido negativo, un lastre; donde la movilidad que permiten los vehículos privados y la mejora de las comunicaciones hace que el acceso a los recursos sociales básicos (sanidad, educación, cultura) se haga con una relativa facilidad, y que las ofertas de ocio estén al alcance de la mano (Camarero, 2000).

El estudio de González y Gómez Benito sobre Juventud Rural-2000, que actualizaba uno previo realizado en 1984, señalaba cómo los rasgos propios de la juventud rural se diluían, al desaparecer prácticamente la inserción laboral como ayudas familiares en las explotaciones agrarias y otros nego-

cios de tipo familiar (González y Gómez Benito, 2002). El único rasgo que continúa haciendo diferente a la juventud rural es precisamente su extraordinaria diferencia interna por razón de género, en su relación con la actividad económica y los estudios. Según los datos de la Encuesta de Juventud Rural del año 2000 que manejan los autores, los chicos rurales presentan tasas de actividad notablemente mayores que sus coetáneos urbanos -75,2% frente a 51%- , una distancia que se modera notablemente en el caso de las chicas -53,6% frente a 42,5%- , al tiempo que pervive un importante gap académico entre chicos y chicas rurales -la tasa de escolarización de las jóvenes rurales (35,7%) está mucho más próxima a la media nacional (44,6%), que la de los jóvenes rurales (23%) respecto a su media nacional (40 %)- . Es decir, las chicas en los pueblos prolongan sus estudios en una proporción notablemente mayor que sus compañeros varones, posponiendo así su ingreso en la vida laboral. Algo comprensible si tenemos en cuenta que si el hábitat influye en la tasa de actividad juvenil de una forma más clara en el caso de los varones, lo hace de una forma mucho mayor en el caso de las mujeres cuando nos fijamos en la ocupación: mientras la tasa de paro de las jóvenes urbanas era en esa fecha solo un tercio superior a la de sus coetáneos varones, la de las mujeres rurales multiplicaba por dos y medio la de los jóvenes rurales.

Las diferencias cada vez menos marcadas entre juventud rural y urbana, no son si no la expresión de las fronteras cada vez más borrosas entre el mundo rural y el mundo urbano. A la desaparición de esas fronteras contribuye el hecho de vivir en una sociedad "itinerante", en la que la movilidad es ya una parte esencial de la realidad de los pueblos españoles. El medio rural asiste a un verdadero trasiego de gente que viene y va, para trabajar, para descansar o divertirse, para estudiar, para veranear o invernar, durante la semana o el fin de semana, o en las vacaciones... Pueblos que se llenan o se vacían siguiendo el ritmo de la vida social. Trabajar fuera y volver al final de la jornada. Vivir en la ciudad y echar la jornada en el campo. Estudiar en la ciudad y volver el fin de semana, o a las fiestas, o en el verano. Trabajar en la ciudad y volver al cabo de los años porque tu chica o tu chico es del pueblo -o del pueblo de al lado- y surge la posibilidad de construir un proyecto laboral y de pareja "con base" en el pueblo o en la cabecera comarcal... Esta nueva realidad, producto de los procesos de reestructuración rural que vienen siendo estudiados desde los años ochenta, dejan obsoleta una concepción esencialista de lo que es ser rural o urbano (Camarero y Oliva, 2005). Ser "de pueblo" es una categoría que debe ser dotada de un nuevo contenido, ya que de pueblo son -o pueden considerarse a sí mismas- personas que pasan más tiempo fuera de él que dentro y viceversa... personas cuya vida cotidiana está tejida por el aquí y el allá, por la conexión espacio-temporal, familiar y vital entre los espacios rurales y los espacios urbanos.

De ahí que comenzara este apartado diciendo que lo primero que tenemos que asumir es que los chicos y las chicas de pueblo son básicamente iguales y aspiran por tanto a las mismas cosas, que las chicas y los chicos de ciudad. De igual modo tenemos que acostumbrarnos a pensar que también son "de pueblo" los nuevos pobladores y pobladoras que han buscado en las periferias urbanas -periferias cada vez más alejadas de los espacios centrales- el tipo de vivienda que en la ciudad se vuelve inaccesible, aunque conserven su empleo en la ciudad y se desplacen cotidianamente a él; como también son de pueblo, las mujeres y hombres inmigrantes, jóvenes y

menos jóvenes, que han venido a ocupar nichos de empleo rural tradicionalmente cubiertos por trabajo familiar no remunerado: agricultura, cuidado de personas dependientes, hostelería, o pequeño comercio.

Las estadísticas, que son como cámaras de fotos que capturan el instante inmobilizando las imágenes, no nos ayudan demasiado a captar estas nuevas realidades, fácilmente perceptibles para quien pasee por cualquier pueblo de este país. Son estas realidades las que nos inclinan a estudiar “procesos sociales en el territorio” más que a perseguir vanamente a la “sociedad rural” y a sus presuntos integrantes.

Y hablamos de procesos sociales en el territorio, porque lo que sí que es cierto es que hay una lógica social y territorial, vinculada cada vez más a la movilidad, que hace que las categorías “rural” y “urbano” sigan siendo pertinentes en el análisis sociológico y en concreto en la estructuración de las relaciones de género. Los discursos y las identidades, en definitiva, se despliegan siempre en el marco de la estructura social y en las posiciones que cada sujeto ocupa en él.

## 2. Masculinización rural, movilidad y mercados de trabajo.

Cuando hablamos de mujeres rurales, y especialmente de mujeres jóvenes, hablamos siempre de un colectivo “ausente”. La masculinización sigue siendo un rasgo característico de la estructura demográfica de la inmensa mayoría de los asentamientos rurales, si bien este fenómeno responde en la actualidad no ya solo a la tradicional mayor emigración femenina, sino también a la afluencia de migrantes varones ocupados en sectores como la agricultura o la construcción (Camarero y Oliva, 2005). La juventud (entendiendo por tal a las personas que se encuentran entre los 15 y los 29 años) son una categoría más reducida y más masculinizada en el medio rural que en la población en su conjunto. Según datos de 2007, el número de mujeres por 100 varones en el medio rural, era de 93,3 en el grupo de edad 15-19 años, de 92,2 en el grupo de 20-24 años y de 90,4 en el grupo de 25-29 años. La media nacional para esos mismos grupos de edad es respectivamente de 94,5, 95,8 y 93,9 <sup>(1)</sup>.

El fenómeno de la masculinización rural lleva siendo estudiado décadas, y se han barajado muchas explicaciones para dar cuenta de este “desarraigo” femenino: se ha hablado de la diferente estructura de los mercados de trabajo, y la obvia mayor oferta de empleos femeninos en las ciudades -vinculada a una economía mucho más terciarizada-, pero también de la supuesta mayor “atracción” de las mujeres por la bulliciosa y colorista vida urbana, y de su mayor inclinación hacia la formación y la educación, que las encamina hacia empleos poco accesibles en los pueblos. También se ha señalado cómo las formas tradicionales de transmisión del oficio y el patrimonio en la agricultura y otros negocios familiares priman la permanencia de los varones frente a las mujeres, y cómo, la desvalorización social de tales patrimonios, frente al modelo salarial urbano, convierte a los herederos en malos partidos en el mercado matrimonial. En “El Baile de los Solteros” Pierre Bourdieu retrata magistralmente cómo estos herederos se convierten en tristes guardianes del patrimonio familiar, incapaces de conseguir esposas que mantengan y den sostenibilidad social a los mismos (Bourdieu, 2004).

Es precisamente la ausencia de mujeres jóvenes -y la soltería consiguiente de los varones rurales- el detonante de la indagación en las relaciones de géne-

(1) Datos del Padrón de Habitantes 2007, considerando medio rural los municipios de menos de 10.000 habitantes.

Tabla 1. **Mujeres rurales ocupadas de 20-54 años. Estructura ocupacional**

	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54
Trabajos profesionales o directivos	10,4	17,5	17,4	11,1	9,2	9,3	5,8
Trabajos administrativos	15,5	16,2	18,8	15,0	12,9	14,3	10,4
Trabajos en comercio / hostelería	23,1	21,4	20,0	19,8	24,2	17,5	13,1
Oficios	9,5	6,5	4,5	10,0	6,3	6,9	11,4
Trabajos industriales	4,7	5,7	11,3	10,0	8,4	8,2	6,2
Trabajos no cualificados manuales o en el sector servicios	3,5	3,1	2,2	4,4	2,8	3,4	4,2
Trabajos agrícolas	2,4	6,5	8,9	11,3	12,3	15,4	32,6
Limpieza / servicio doméstico / cuidado de personas	26,1	20,2	16,1	18,3	23,5	23,9	14,8
Otros	4,9	2,5	0,8	0,0	0,4	1,1	1,5
<b>TOTAL</b>	<b>100%</b>						

Fuente: Encuesta Mujer Rural 2004. Tomado de L. Camarero (coord.) "El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España" Instituto de la Mujer, 2006, p.79

ro que sostienen la reproducción de la economía rural de base familiar. La perspectiva de género incorpora al análisis de la sociología rural el componente conflictivo y agencial de la vida social, y hace aflorar estrategias de "huida" y rechazo femenino a unos esquemas patriarcales que invisibilizan el trabajo de las mujeres y reducen sus ámbitos de influencia y decisión al estricto dominio de lo emocional y lo privado (algo acorde con los modelos patriarcales tradicionales) (Whatmore, 1991).

Pero la agricultura ha reducido drásticamente su importancia como fuente de empleo de la población rural y el trabajo en el seno de negocios familiares representa hoy por hoy una parte muy limitada del mismo, que implica básicamente a población adulta y mayor ¿Cómo se reproducen las relaciones de género y la subordinación femenina en este nuevo escenario? La investigación reciente muestra algunas relaciones interesantes entre masculinización rural, movilidad y mercados de trabajo.

Comencemos diciendo que la estructura de los mercados de trabajo rurales presenta en este momento tres características importantes que debemos tener en mente: la *desagrarización*, la *glocalización* y la *movilidad*. La *desagrarización* implica que el empleo masculino está polarizado en la construcción, la industria y los servicios de distinto tipo, y el empleo femenino por el sector servicios, fundamentalmente comercio, hostelería y servicios personales. En la Tabla 1 podemos observar la estructura de la ocupación femenina rural y la casi total terciarización del empleo juvenil.

Con el término *glocalización*, me refiero a la forma en que el empleo disponible en un determinado entorno rural depende, tanto de los recursos locales y la capacidad social y política de las comunidades locales para ponerlos en valor -aspecto éste, enfatizado en las políticas de desarrollo rural que tratan de potenciar el carácter *endógeno* del desarrollo- como de y la *posición que cada espacio rural tiene en los cada vez más complejos flujos de actividades, personas e información*, en el marco general de la globalización y el capitalismo informacional (2). Quizá uno de los aspectos más evidentes de este proceso es el impacto que la deslocalización industrial tiene en aquellos núcleos rurales en los que las actividades manufactureras ocupan a un número considerable de personas.

(2)  
Al situarnos en un espacio de flujos se nos quedan cortas las dimensiones que tradicionalmente se han utilizado para hacer tipologías de ruralidad (tamaño de la población y accesibilidad a los espacios urbanos). Necesitamos conceptos más sociológicos que incorporen al análisis la estructura social, y especialmente la movilidad. El concepto de "paisaje social" propuesto por Camarero y Oliva es una herramienta teórica y metodológica de enorme interés en este sentido (Oliva y Camarero, 2002).

Tabla 2. Población ocupada de más de 16 años que trabaja en otro o varios municipios

Tamaño de municipio Número de habitantes	Total ocupa- dos móviles	% ocupados móviles	% varones móviles	% mujeres móviles	% móviles menores de 35 años
<b>TOTAL</b>	<b>6.141.804</b>	<b>37,6</b>	<b>41,5</b>	<b>31,3</b>	<b>41,2</b>
Menos de 101	11.657	55,5	51,6	66,5	71,0
101 a 500	133.236	53,4	51,7	57,5	66,8
501 a 1.000	146.471	52,2	52,7	51,1	63,4
1.001 a 2.000	259.425	50,6	52,2	47,3	58,9
2.001 a 5.000	565.953	48,0	50,6	42,9	54,3
5.001 a 10.000	623.422	45,8	48,6	40,7	49,8
10.001 a 20.000	832.510	44,9	48,1	39,2	47,8
20.001 a 50.000	1.057.587	44,2	47,3	39,0	46,5
50.001 a 100.000	719.019	41,7	45,7	35,3	44,0
100.001 a 500.000	1.213.640	31,7	35,9	25,3	35,4
Más de 500.000	578.884	19,8	24,0	14,3	21,2

Fuente: INE. Censo 2001. Tomado de J. Oliva (2007): "Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural", p.158.

En tercer lugar la *movilidad*: una parte muy relevante del empleo de la población rural ocupada está asociado a la *movilidad*, es decir un porcentaje muy significativo de la misma, trabaja fuera de su entorno local. La Tabla 2 muestra el volumen que la movilidad laboral alcanza en los municipios de menor entidad, la forma en que afecta a hombres y a mujeres, y cómo marca totalmente la realidad del empleo juvenil, sobre todo en los municipios más pequeños.

Un análisis muy reciente del fenómeno de la masculinización rural en Castilla y León, una de las comunidades autónomas que presentan con mayor intensidad este fenómeno, muestra que la *sobremigración femenina se produce, sobre todo en los niveles educativos más bajos*: es decir hombres y mujeres formados tienden a emigrar más, pero de forma similar, mientras que las mujeres con niveles de estudios más bajos emigran mucho más que sus homólogos varones (Camarero y Sampedro, 2008). Son estas mujeres las que parecen verse más "sobre-castigadas" por las características de los mercados de trabajo locales, y más impulsadas a abandonarlos. Si relacionamos género y movilidad laboral, y planteamos la hipótesis, bastante coherente, de que la movilidad no es un recurso al que tengan igual acceso hombres y mujeres, podemos deducir que las restricciones que las mujeres pueden experimentar en este sentido merman de una forma muy considerable su capacidad de acceso al empleo, limitando sus oportunidades al estricto entorno local.

La relación entre ciclo vital, movilidad laboral y precariedad del empleo, nos aporta una pieza más en este puzzle, en el que se dibuja el paisaje que las jóvenes rurales perciben en lo relativo a sus oportunidades vitales (Camarero y otros, 2006). Los datos, extraídos de una encuesta a mujeres rurales realizada en 2004 (3), reflejan claramente cómo hay una tendencia que vincula la llegada de las mujeres a la edad de formación de las familias con la transformación de sus pautas de empleo: *el empleo se hace más local, más familiar, y, lo que es verdaderamente relevante, más precario*. Cabe señalar que las pérdidas que en oportunidades laborales implica la opción del arraigo es más acusada en términos relativos para las jóvenes con mayor formación.

(3)

Los datos de la investigación están contenidos en el libro "El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España", coordinado por Luis Camarero. En esta investigación se aplica una metodología específica de encuesta para captar el trabajo invisible de las mujeres rurales. Los resultados de la encuesta, realizada en el año 2004 a mujeres de entre 20 y 54 años, en municipios de menos de 10.000 habitantes, apuntan a que el nivel de ocupación de las mujeres es considerablemente mayor que el reflejado en las estadísticas oficiales, si bien su carácter precario le hace invisible, en ocasiones para las mismas mujeres (vid. Oliva y Camarero, 2005; Camarero y otros, 2006). En esta investigación la precariedad laboral está estimada a partir de dos indicadores: la extensión y continuidad en la actividad laboral y la cotización a la seguridad social. El texto está accesible en [www.migualdad.es/mujer/publicaciones/catalogo/estudios.htm](http://www.migualdad.es/mujer/publicaciones/catalogo/estudios.htm)

Un trabajo reciente de Díaz Méndez mostraba de una forma muy gráfica cómo las jóvenes rurales con un nivel educativo más limitado perciben claramente lo estrecho de sus oportunidades laborales. El recurso al autoempleo, a montar un negocio o a vincularse a los negocios ya mantenidos por la familia, cuando por circunstancias diversas se hace imposible el traslado diario o semanal para trabajar, es la única salida de quien quiere volver al pueblo, o seguir viviendo en él (Díaz Méndez, 2006).

En definitiva, el género sigue jugando en contra de las mujeres, poniéndolas en una situación relativa de mayor vulnerabilidad social, situación que acaba por favorecer a su vez la precarización de las condiciones laborales (4).

Parece claro que para las mujeres jóvenes que habitan el medio rural, el clásico dilema empleo -familia se plantea de una forma si cabe más cruda que para sus coetáneas urbanas, y ante este dilema las estrategias se diversifican y los discursos también. En la opción de irse o quedarse, o irse y volver, pesan sobremanera los factores ligados a la clase social, especialmente el capital cultural que se posee, las estrategias familiares que incentivan o desincentivan el arraigo, y en el caso de las mujeres jóvenes los proyectos ligados a la pareja y la formación de familias.

Díaz Méndez señala que en el proceso de redefinición de su identidad que están acometiendo las jóvenes rurales juega un papel clave la "relectura" del *familismo* y el *comunitarismo* tradicional del medio rural, elementos que han jugado tradicionalmente en contra de la autonomía de las mujeres. La conversión de la familia- y de los negocios y empresas familiares- en "recurso", más que en limitación, aparece como un elemento clave en este sentido, en la medida en que se convierte en la única oportunidad de una inserción laboral digna, frente a la fragilidad de los mercados de trabajo locales (Díaz Méndez, 2005). Por otro lado, las redes comunitarias tradicionales se utilizan como una vía para incrementar la participación y el protagonismo femenino en la comunidad, como muestra el acceso de las mujeres a la política local (Palenzuela, Cruces y Jordi, 2002).

El autoempleo femenino, y en general el acceso de las mujeres rurales al empresariado es uno de los elementos cuya ambigüedad aparece más marcada en este sentido. Por un lado éste se ha convertido en uno de los principios fundamentales de las políticas de desarrollo rural, que basándose en el concepto de "desarrollo endógeno", llama a las mujeres a convertirse en emprendedoras, transformando aquellas actividades que se han realizado tradicionalmente de en el ámbito de la economía doméstica o informal en actividades profesionalizadas. El turismo rural es quizá el buque insignia de esta política, pero podríamos aludir también a la agroalimentación, la artesanía, la agricultura ecológica o los servicios de proximidad. Se trata, en definitiva, de "fijar" a las mujeres al territorio a través de iniciativas locales de empleo y transformar su tradicional papel subsidiario en los negocios de tipo familiar. Y si hay evidencias de que las mujeres están encontrando espacios de "empoderamiento" y redefinición de la propia identidad en este tipo de iniciativas (Díaz Méndez, 2005; Cruz Souza, 2006), otros trabajos apuntan a la reproducción de la dependencia, tanto dependencias institucionales (iniciativas empresariales tuteladas que acaban siendo una forma de subvención encubierta a la inactividad), como dependencias familiares. En esta última dirección se sitúan los trabajos que apuntan las dificultades que encuentran las empresarias rurales para ser "verdaderas" empresarias (Palenzuela, Cruces y Jordi, 2002) y la forma en que las mujeres acceden a los negocios

(4) Los fenómenos de exclusión y vulnerabilidad social en el mundo rural aparecen cada vez más vinculados al *envejecimiento* y el *aislamiento social* y al diferente acceso a la *movilidad* de ciertos colectivos sociales (entre los que se encuentran personas ancianas, mujeres o población trabajadora de muy bajos ingresos). En relación con la movilidad, la no disponibilidad de medios de transporte privado o acceso al público, comienza a considerarse un indicador relevante de riesgo de marginación, en la línea de la reflexión desarrollada por Urry sobre la *auto-movilidad* (Urry, 2004).

familiares en el marco de lo que Díaz Méndez llamara *trayectorias de absorción femenina* y *trayectorias femeninas de retorno* (Díaz Méndez, 1995, 1998). Estas trayectorias tienen que ver con estrategias familiares que responden a la voluntad de dar continuidad a un patrimonio familiar, para lo cual se vuelve imprescindible el arraigo de las hijas, o la necesidad de cumplir el rol de cuidado y asistencia que se les presupone a los miembros femeninos de la familia. Las mujeres “empresarias” podrían estar jugando el desairado papel que en su momento les tocó jugar a los herederos varones, guardianes de la continuidad familiar y de un patrimonio crecientemente devaluado (Sampedro y Camarero, 2007).

Todos estos procesos, que constituyen el trasfondo estructural sobre el que se construyen las identidades, se despliegan en cualquier caso en un momento en que ya no es posible hablar de unos valores y expectativas vitales diferentes de la juventud rural respecto a la urbana, y en el que la valoración social y el juego de identidades asociadas a lo rural ha cambiado drásticamente.

### 3.- Los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales: las experiencias laborales como trasfondo.

Comenzaba este texto parafraseando a Díaz Méndez, cuando ésta señalaba que el arraigo femenino se está construyendo desde un proceso de redefinición de lo rural, que las jóvenes acometen para poder “ser modernas y de pueblo a la vez”. Incorporamos así a los estudios de género el tema de la identidad rural, que se ha comenzado a trabajar desde la sociología y la psicología social (Cruz Souza, 2006), y que ya tiene una tradición en la literatura anglosajona desde el tópico del “idilio rural” (Little y Austin, 1996; Little, 1997; Hughes, 1997). Ha sido precisamente la literatura en torno al “idilio rural” la que ha llamado la atención sobre la posibilidad de que la nueva valoración que las sociedades de la modernidad tardía otorgan a lo rural (vinculado ahora cada vez menos a nociones como carencia, aislamiento, tosquedad, atraso, aburrimiento, y cada vez más a calidad de vida, naturaleza, autenticidad, identidad) venga asociada a nociones esencialistas que tienden a reproducir los roles de género más tradicionales.

El mito del idilio rural –que es lo que en último término permite que “el ser de pueblo” o “el tener pueblo” comience a ser un activo en la identidad social de los sujetos- descansa en la representación de los pueblos como comunidades orgánicas en los que las relaciones humanas conservan el calor y la calidad que el anonimato urbano ha hecho desaparecer. Descansa también en la idea de una conexión privilegiada de la población rural con la naturaleza, con el tiempo cíclico y pausado, con las cosas “de verdad”. Y tales nociones casan muy bien con el mito de la identidad femenina vinculada de forma esencial al cuidado y a la reproducción de la vida (el ser nutricio, que encuentra su plenitud es ser garante de la vida física y emocional de los otros, más que en su propia autoafirmación). En definitiva viejas ideas escondidas en nuevas identidades postmodernas (Sampedro, 2008).

Hemos observado cómo las mujeres que habitan el medio rural ven limitadas considerablemente sus oportunidades de integración laboral al llegar al momento crítico de la formación de familias. Podemos preguntarnos ahora, conocido ese contexto estructural, de qué forma las mujeres jóvenes están efectivamente reconstruyendo su identidad, para poder seguir siendo mujeres “de pueblo” y mujeres “de hoy”. Podemos interrogarnos sobre las repre-

## Los discursos del arraigo y del desarraigo

Arraigo afirmativo  
(El pueblo es un buen sitio para vivir)

Arraigo defensivo  
(El pueblo es un refugio frente a los peligros o incertidumbres del exterior)

Arraigo instrumental  
(El pueblo es un medio para alcanzar un “estilo de vida” determinado)

Desarraigo resignado  
(Esto no es bueno, pero no me queda más remedio que estar aquí)

Desarraigo indiferente  
(El pueblo es una forma de garantizar la supervivencia. Es sólo una estación de paso)

(5)

Se trata de un proyecto I+D+i, financiado por la Junta de Castilla y León, con el título: “*Trabajo invisible, arraigo femenino y masculinización rural en Castilla y León*”. El proyecto se ha desarrollado entre 2005 y 2007, y el equipo de investigación ha estado formado por Rosario Sampedro, Luis Camarero y Ana Teresa López Pastor.

(6)

Este dato está sacado de la Encuesta de Juventud Rural del año 2000. La pregunta para medir el arraigo es “Si pudieras elegir, ¿te irías del pueblo o te quedarías?”. Los datos globales indican que un 30,4% de los varones se irían, frente a un 64,3% que se quedarían. En el caso de las mujeres, se irían un 38,8% y se quedarían un 56,1%. En la región del Duero, el desarraigo masculino llega al 38% y el femenino se dispara al 51%, superando al arraigo que es de un 44% (González y Gómez Benito, 2002, pp.21 y 22).

(7)

Las once entrevistas en profundidad se han realizado a mujeres de entre 24 y 54 años con los siguientes perfiles:

**E1:** 49 años, separada, tiene una hija, trabaja en animación sociocultural, vive en un pueblo de 2000 habitantes. **E2:** 24 años, soltera, vive con su padre, su madre y su hermano; con estudios de FP Grado Superior, trabaja de forma eventual en actividades de promoción turística. Vive en un pueblo de 160 habitantes. **E3:** 24 años, vive en pareja, ha montado su propio negocio de fotografía en un pueblo de 3100 habitantes. **E4:** 25 años, vive en pareja, trabaja como dependienta en una tien-

sentaciones sobre las que tejen sus trayectorias laborales y sus proyectos vitales.

Para tratar de poner luz en este tema, voy a recurrir a una indagación exploratoria de tipo cualitativo, desarrollada en el marco de una investigación más amplia sobre la masculinización rural en Castilla y León (5). Castilla y León es una de las comunidades autónomas donde el envejecimiento y la masculinización de los espacios rurales aparece más marcado (Alario, 2004), y donde el desarraigo femenino juvenil sigue siendo más dramático, hasta el punto de ser la única región española donde el desarraigo supera al arraigo (6). A través de once relatos de mujeres, jóvenes y adultas, hemos tratado de perfilar los discursos del arraigo y del desarraigo.

La selección de la muestra de entrevistadas responde a criterios estructurales, teniéndose en cuenta tanto la ocupación, la situación familiar y la estructura demográfica y ocupacional de los municipios de residencia de las entrevistadas. El resultado refleja una rica diversidad de situaciones, que se aleja de los tópicos esencialistas sobre quienes son las “verdaderas” mujeres rurales (7).

En nuestro estudio utilizamos una noción de “arraigo” bastante cercana a la del lenguaje cotidiano: es el apego al pueblo en el que se está viviendo, la valoración de lo que supone vivir en él, y la proyección de esa actitud hacia el futuro. El desarraigo implica lo contrario. Obviamente, entre el arraigo y el desarraigo hay un continuum de actitudes y posiciones vitales que van desde la afirmación entusiasta de la propia identidad y de la vida rural hasta el rechazo abierto, pasando por la aceptación más o menos conformista o resignada de la propia situación.

De nuestra indagación emergen tres tipos de discurso del arraigo, que podríamos denominar “arraigo afirmativo”, “arraigo defensivo” y “arraigo instrumental”. Y dos discursos del desarraigo, que hemos denominado “desarraigo resignado” y “desarraigo indiferente”.

El discurso del *arraigo afirmativo* implica la afirmación entusiasta de la propia identidad y de la vida rural, se pone en valor lo positivo de ser “de pueblo” y de vivir en un pueblo *al que se pertenece*, bien por lazos familiares, o por elección.

De nuestra investigación se desprende que el arraigo afirmativo se construye en torno a una nueva identidad rural, en la que es fundamental la idea de conectividad y movilidad (es decir, la posibilidad de alternar de forma fácil y

estratégica el pueblo y la ciudad), pero también sobre el trasfondo de una situación laboral positiva que se asienta en capital formativo, por una parte, y capital social, en forma de una tupida y consistente red de apoyo familiar. Las mujeres más arraigadas, en definitiva, son las que se encuentran en una situación laboral que consideran óptima.

El arraigo implica tanto la negación de estereotipos (no somos “rurales”, podemos hacer lo mismo que cualquiera que habite en una ciudad) como la afirmación de esa identidad (somos “de pueblo”). Esta doble lectura se presenta de una forma diáfana en el caso de las “hijas del pueblo”, que en su inmensa mayoría han tenido una experiencia de vida, estudio o trabajo en centros urbanos, y que disfrutaban de una situación laboral considerada buena o equiparable a la que se pudiera disfrutar en una ciudad. El arraigo se construye aquí desde la *conexión* a los entornos urbanos (“aquí estamos a nada de la ciudad”), desde la *valoración de lo local* en cuanto a servicios (“aquí tenemos de todo”) y desde la *devaluación de lo urbano* (identificado con agobios, atascos, carestía, derroche de tiempo y dinero, falta de disfrute de la vida...).

Hay que señalar que la conexión o cercanía a la gran ciudad no es tanto real y efectiva como potencial, es decir, las entrevistadas hacen ostentación de su movilidad: tienen coche propio y en cualquier momento *pueden* ir a la ciudad, aunque a la hora de la verdad esta posibilidad no se realice por el propio ritmo de trabajo, o en el caso de las mujeres ya adultas, por las exigencias de cuidado de los hijos e hijas.

El *arraigo defensivo* implica concebir el pueblo como un refugio frente a las incertidumbres y los peligros de la vida urbana, el pueblo es lo conocido, lo controlable y frente a él se piensa que, a pesar de algunas carencias, sobre todo en lo que se refiere a las oportunidades laborales, “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”. El arraigo defensivo está ligado a situaciones en las que no existe un capital formativo o de otro tipo, que permita prescindir del apoyo que el patrimonio o las redes familiares y vecinales ofrecen en el pueblo.

El *arraigo instrumental* supone valorar el pueblo –del que no se forma realmente parte– como un instrumento o medio para conseguir determinadas metas, normalmente una forma o “estilo de vida” determinado. Este tipo de arraigo aparece vinculado en nuestra investigación a las nuevas residentes que conservan su empleo urbano. En este caso el arraigo no está unido a la identidad rural. Nos encontramos ante mujeres que valoran la vida en el pueblo pero no se consideran realmente parte de él (de hecho hablan constantemente de la “gente del pueblo”, frente a ego), aunque puedan aspirar a formar parte de la comunidad en el futuro. Nos encontramos ante estrategias que tratan de aprovechar lo mejor de dos mundos: la residencia rural, que permite disfrutar de un tipo de vivienda que sería inaccesible en la ciudad, y poner en práctica estilos de vida ligados al consumo de naturaleza que consolidan o mejoran el propio estatus social, y el empleo urbano, más acorde a las propias expectativas que el disponible en el entorno local (8). La población asentada recientemente en los pueblos suele pertenecer a clases profesionales de mediana edad, que vinculan la residencia rural a una etapa de consolidación de sus proyectos vitales y profesionales. Sin embargo, la degradación de los centros urbanos y la subida del precio de las viviendas en ellos hacen que nos encontremos también con nuevos y nuevas residentes más jóvenes, pertenecientes a clases obreras o medias bajas y que bus-

da de una capital de provincia. Vive en un pueblo de 2000 habitantes en el área de influencia de la ciudad. **E5.** 43 años, separada, tiene un hijo y una hija, copropietaria de una tienda de ropa en una capital de provincia, vive en un pueblo de 3.200 habitantes, en el área de influencia de la ciudad. **E6.** 36 años, casada, tiene un hijo y una hija, empresaria de turismo rural en un pueblo de 2.200 habitantes. **E7.** Soltera 29 años, vive con su padre y su madre, asalariada en una industria textil en una población de 6.200 habitantes. **E8.** 27 años, vive en pareja, maestra de primaria en un pueblo de 3.700 hab. **E9.** 34 años, casada, tiene dos hijas, ama de casa, vive en una población de 7.500 habitantes. **E10.** 26 años, separada, una hija, inmigrante de Europa del Este, trabaja como auxiliar en una residencia de ancianos en un pueblo de 750 habitantes. **E11.** 54 años, casada, tiene dos hijos y una hija, es propietaria del bar de un pueblo de 440 habitantes.

(8) Este tipo de estrategias, propias de los nuevos residentes, han sido documentadas ampliamente (vid. por ejemplo Rivera, 2007).

can mantener el estatus adquirido con esfuerzo por sus familias en las épocas doradas del fordismo.

Tanto el arraigo defensivo como el instrumental se apoyan en discursos que pueden volverse de desarraigo, cuando las condiciones laborales o de relación con el entorno son más difíciles. Cuando la actitud que hay tras el arraigo defensivo se convierte en resignación (“esto no es bueno, pero ya no puedo tener otra cosa, es tarde para mí”, o bien “esto no es bueno pero no me queda más remedio que estar aquí”) vemos como aparece una actitud que podemos calificar de *desarraigo resignado*, ya que si no se plantea un abandono del pueblo –que se ve como imposible–, sí que se hacen visibles los aspectos más oscuros de la vida en él.

Lo que lo que puede suceder, respecto al arraigo instrumental, cuando lo que el pueblo ofrece no es ya una forma de vida, sino la simple posibilidad de sobrevivir. El pueblo es un mero medio de supervivencia, a la espera de conseguir algo mejor. Es una estación de paso, por lo que la relación que se establece con él es de indiferencia. Es el “desarraigo indiferente” en que puede colocar por ejemplo la condición de inmigrante, en el caso de nuestro estudio representada por una joven de Europa del Este, que trabaja en uno de los nichos de empleo en expansión en los pueblos: el cuidado de personas mayores. La indiferencia es también una actitud psicológica que permite soportar la desconfianza e incluso estigmatización que se ejerce por parte de la población autóctona, y que en el caso de las mujeres jóvenes, conlleva toda una serie de prejuicios de género que tienen que ver con la sexualidad (moralidad dudosa, intenciones de “pillar” a los “buenos partidos” del pueblo, etc.).

El discurso del desarraigo pone el acento en la inexistencia de oportunidades laborales para las mujeres (“aquí no hay nada”), en la pobreza de relaciones sociales (“siempre se ve a la misma gente”, “esto está vacío”) y en la falta de actividades culturales y recreativas (“es del trabajo al bar, y no hay más”). El discurso del desarraigo hace hincapié no en el idilio rural, sino en el tedio rural (9).

### **Arraigo/desarraigo y experiencia laboral.**

Con todas las precauciones que cabe tomar ante un estudio cualitativo de carácter exploratorio, podemos señalar *una clara relación entre el arraigo y el desarraigo y las experiencias laborales*. La percepción de las oportunidades laborales en el pueblo, y la jerarquía que se establece entre ellas en los relatos de las entrevistadas nos va dibujando un mapa laboral con unos contornos bastante definidos. Y son aquellas mujeres que se encuentran en la cúspide de esa jerarquía las que presentan unas actitudes de arraigo más definidas, convirtiéndose el arraigo afirmativo en mero arraigo defensivo, o incluso desarraigo, cuando la condiciones laborales empeoran o la situación familiar obliga a “estar” de ama de casa.

El discurso del arraigo está más definido entre las jóvenes con una formación académica que les permite emplearse como asalariadas en servicios cualificados (sanidad, educación, administración), o ser protagonistas de iniciativas empresariales en la que el bagaje académico se convierte también en un activo importante. Es el caso, en nuestra investigación, de una joven maestra, una fotógrafa que ha abierto su propio negocio, o una joven que sueña con trabajar en iniciativas de desarrollo rural en las que poner en práctica sus recién terminados estudios de administración y contabilidad. De las entrevis-

(9)  
La literatura anglosajona en torno al “idilio rural” (*rural idyll*) lo contraponen al “tedio rural” (*rural dull*).

tas realizadas se desprende que las iniciativas empresariales que implican una verdadera profesionalización tienen tras de sí mujeres educadas y familias que apoyan estos proyectos (movilizando patrimonio, recursos económicos, contactos sociales y trabajo familiar) más allá de las ayudas institucionales destinadas a la promoción de este tipo de proyectos. En este sentido sí que encontramos una relectura del familismo y el comunitarismo tradicionales del medio rural, que tal y como señalaba Díaz Méndez, están siendo un elemento clave en la redefinición de lo rural. Los relatos de las emprendedoras entrevistadas en nuestro estudio nos hablan de la importancia que los recursos familiares tienen en la puesta en marcha y el éxito de tales iniciativas. Tras una emprendedora, en definitiva, hay una movilización importante de capital familiar, no solo económico sino social. Tras una emprendedora hay una familia emprendedora, algo que ya apuntábamos en trabajos anteriores (Sampedro y Camarero, 2007) pero también, a menudo, un capital cultural que permite a las mujeres profesionalizarse, mediante el control sobre el propio trabajo y el cultivo de aquellos aspectos más enriquecedores o gratificantes de la propia actividad.

### **Arraigo rural y estrategias familiares: nuevas identidades femeninas ¿nuevas identidades masculinas?**

De los relatos de las mujeres entrevistadas se desprende que un elemento fundamental en el arraigo son las estrategias ligadas a la *elección de pareja y la construcción del propio proyecto de relación emocional y familiar*. Parece cómo si a las tradicionales estrategias familiares de absorción o de retorno, a las que nos hemos referido anteriormente, y que claramente siguen estando activas en muchos casos, se unieran ahora unas estrategias que tienen que ver más con los *vínculos urbano-rurales, establecidos por las generaciones de los padres*, que facilitan la formación de parejas en las que las jóvenes acaban adecuando sus propios proyectos vitales y laborales a los de sus compañeros. Una razón de peso para estar aquí es que “mi novio, marido o compañero están aquí”. Y esa relación se establece porque los vínculos con el pueblo nunca se han interrumpido, de forma tal que “de aquí es mi compañero” o “aquí conocí a mi compañero, que es del pueblo de al lado”.

La formación de estas parejas no se debe únicamente a que dejar el pueblo, -ya sea en familia, o individualmente- no supone la interrupción de los vínculos que se mantienen con él. También se ha producido un cambio en los perfiles laborales y los estilos de vida de los jóvenes rurales varones, capaces de hacerlos atractivos como parejas a mujeres con un nivel educativo con frecuencia superior al suyo. Frente al agricultor, el joven que trabaja en hostelería, construcción, transporte o seguridad, y que mantiene unas pautas de ocio y unos estilos de vida muy similares, si no idénticos a los jóvenes urbanos, se convierten en un compañero atractivo con el que es posible elaborar esas nuevas “identidades” a las que nos estamos refiriendo. Nos encontramos así con parejas rurales en las que es posible experimentar estilos de vida diferentes, en los que el disfrute de la naturaleza, la práctica del deporte, las “escapadas” a la ciudad, los viajes al extranjero o la trasgresión de las normas morales tradicionales, como el hecho de vivir juntos sin casarse... constituyen la punta de lanza de ese proyecto de “ser modernas y de pueblo a la vez”. Está claro que uno de los terrenos que los estudios de género deben acometer sin más tardanza es el de la indagación en el estudio de las masculinidades en el ámbito rural.

### **Jóvenes versus adultas: ¿nuevas identidades, viejas estrategias?**

Dado que la franja de edad que se ha tenido en cuenta en el estudio no es muy amplia (24-54 años) e integra a generaciones socializadas en un país plenamente insertado en la modernidad, las diferencias que introduce la edad en los discursos puede relacionarse, más que con factores propiamente generacionales, con lo relativo a las clases de edad y a las etapas vitales asociadas a ellas. Tenemos como referente por tanto, las circunstancias vitales que condicionan la transición plena a la vida adulta (autonomía económica, residencial y familiar), transición que se trastoca drásticamente en la era postfordista, y tiende a alargarse considerablemente.

De las once mujeres entrevistadas seis son jóvenes (24-29 años) que se encuentran insertas en el mercado de trabajo en circunstancias bien diferentes, sin que la mayoría de ellas, salvo una excepción, hayan adquirido aún las responsabilidades propias de la maternidad.

Hay que señalar que más que la edad, son las experiencias laborales, las que están marcando la orientación de los discursos hacia el arraigo o el desarraigo. El discurso de las mujeres adultas expresa más que valores diferentes, circunstancias vitales distintas, marcadas, como hemos dicho, por las responsabilidades familiares –ya sean estas las propias de la maternidad o las que tienen que ver con el cuidado de los mayores-, y por la conciencia de no ser posible, en muchos casos, una vuelta atrás respecto a las decisiones tomadas en la juventud. De este contraste jóvenes-adultas, merece la pena resaltar cómo las nuevas identidades que aparecen diáfanamente en los discursos juveniles, contrastan con unas *pautas de género bastante tradicionales en lo relativo a la división del trabajo en el seno de las parejas* en los relatos de las mujeres adultas. Estas pautas se concretan en básicamente en la movilidad laboral masculina frente a la inmovilidad femenina, y en la subordinación de lo laboral a lo familiar en las mujeres, frente al predominio de los proyectos laborales en los hombres. Independientemente del nivel educativo de las mujeres, las entrevistadas, sin renunciar a su vida laboral, la adecuan a su vida familiar, a los trabajos o carreras profesionales de sus parejas y al cuidado de sus hijos e hijas. Tras la maternidad, la capacidad de movilidad se reduce, lo que conduce a construir y buscar en el entorno local las oportunidades laborales, o a posponer los propios proyectos hasta que pase lo más duro de la crianza.

### **4. Algunas reflexiones mirando hacia el desarrollo rural.**

Nuestra investigación en torno a los discursos del arraigo y el desarraigo en las jóvenes rurales apuntan a que la reconstrucción de la identidad rural es un proceso conflictivo y contradictorio cuando lo leemos desde la perspectiva de género. Si es cierto que muchas mujeres jóvenes están transformando lo que significa ser rural (o ser “de pueblo”) con la complicidad de sus parejas, y utilizando para ello instituciones que tradicionalmente han jugado en contra de la autonomía femenina (como el familismo o el comunitarismo rural), lo cierto es que los relatos de las mujeres adultas muestran que tienden a reproducirse las pautas de división sexual del trabajo una vez que las mujeres llegan al momento crítico de asumir responsabilidades familiares.

Incorporar la perspectiva de género al desarrollo rural pasa por conocer y trabajar estas contradicciones, en un medio rural que es ya un escenario más del flujo global de capitales, personas e información propio del capitalismo

informacional, y que experimenta igualmente los procesos característicos de la tardomodernidad.

Uno de los retos a los que a menudo se enfrentan las personas que trabajan en intervención social en el campo de la igualdad de género en el medio rural es cómo utilizar a favor de las mujeres los elementos estructurales, simbólicos e ideológicos que refuerzan la identidad familiar y de la comunidad rural, sin por ello reproducir los estereotipos que perpetúan la desigualdad (Sampedro, 2008). De lo expuesto hasta aquí se desprende que algunos de los retos fundamentales en este sentido son el estudio de las condiciones de profesionalización de las empresarias rurales, la garantía del derecho a la movilidad de todas las mujeres y el avance hacia la conciliación de la vida laboral y familiar, concebida no como una tarea de las mujeres, sino como un derecho y un deber de las parejas humanas. Solo así el desarrollo rural, en cuanto intervención política e institucional sobre las poblaciones, puede hacerse cómplice de la construcción de esas nuevas identidades en la que están inmersas las jóvenes rurales.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Alario, M. (coord.)** (2004): *"Las mujeres en el medio rural de Castilla y León"* Valladolid: Consejo Económico y Social de Castilla y León.
- **Bourdieu, P.** (2004). *"El baile de los solteros"*, Anagrama.
- **Camarero, L.** (2000): *"Jóvenes sobre la tierra y el asfalto. Los ocios de jóvenes rurales y urbanos"* en *Revista De Juventud*, nº 50, pp. 63-83. Madrid: INJUVE.
- **Camarero, L. et al.** (2005): *"Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes"*, Valencia: UNED-Centro Francisco Tomás y Valiente.
- **Camarero, L. y Oliva, J.** (2004): *"Las trabajadoras invisibles de las áreas rurales: un ejercicio estadístico de estimación"* en *Empiria*, nº 7, pp. 159-182.
- **Camarero, L. y Oliva, J.** (2005): *"Los paisajes sociales de la ruralidad tardomoderna"* en Atlas de la España Rural, Madrid, MAPA, pp. 426-435.
- **Camarero, L. y Sampedro, R** (2008): *"¿Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural."* *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº124, pp.73-105.
- **Camarero, L. et al.** (2006): *"El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España"* Madrid: Instituto de la Mujer.
- **Cruz Souza, F.** (2006): *"Género, psicología y desarrollo rural: la construcción de nuevas identidades"*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios nº 163.
- **Díaz Méndez, C.** (1995): *"Estrategias familiares y juventud rural"*, Madrid. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios nº 134.
- **Díaz Méndez, C.** (1998): *"Modelos de inserción socio-laboral de las jóvenes rurales"* en *Papers*, 54, 113-128.
- **Díaz Méndez C.** (2005): *"Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural"*, en *Papers*, 75, 63-84.
- **Díaz Méndez, C.** (2006): *"Familia, trabajo y territorio"* Madrid. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios nº 161.
- **González, J.J. y Gómez Benito, C.** (2002): *"Juventud rural 2000"*, Madrid: INJUVE.
- **Hughes, A.** (1997) *"Rurality and cultures of womanhood."* En P. Cloke y J. Little eds, *Contested countryside cultures: otherness, marginalisation and rurality* London. Routledge.
- **Little, J.** (1997) *"Employment marginality and women's self-identity"*. En: P. Cloke y J. Little eds, *Contested countryside cultures: otherness, marginalisation and rurality* London. Routledge.

- **Little, J. y P. Austin** (1996) "*Women and the rural idyll*". *Journal of Rural Studies*, 12, 101-111.
- **Oliva, J.** (2007): "*Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural*" *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, nº 211, pp. 143-187.
- **Oliva, J. y Camarero, L.** (2002): "*Paisajes sociales y metáforas del lugar.*" Universidad Pública de Navarra, Pamplona.
- **Oliva, J. y Camarero, L.** (2005): "*Como si no hiciera nada: la naturalización del trabajo invisible rural femenino*" en, *Sociología del Trabajo*, nº 53, pp. 3-30.
- **Palenzuela, P.; Cruces, C. y Jordi, M.** (2002) "*Mujeres empresarias y mujeres políticas en el medio rural andaluz*" Sevilla: Junta de Andalucía-Universidad de Sevilla.
- **Rivera, M.J.** (2007): "*La ciudad no era mi lugar*". Los significados residenciales de la vuelta al campo en Navarra" Universidad Pública de Navarra, Pamplona.
- **Sampedro, R.** (1996): "*Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrarización*" Madrid: Instituto de la Mujer.
- **Sampedro, R** (2008): "*Conciliación de la vida familiar y laboral en el medio rural: género, trabajo invisible e idilio rural*" En: Valentina Maya (coord.): *Mujeres Rurales. Estudios multidisciplinares de género.* Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 81-93.
- **Sampedro, R. y Camarero, L.** (2007): "*Mujeres empresarias: el sujeto pendiente del desarrollo rural*" *Revista Internacional de Sociología*, Vol. LXV, Nº 48, 121-146.
- **Urry, J.** ( 2004): "*The system of automobility*" en *Theory, Culture and Society*, (4/5) 21, pp.25-39.
- **Whatmore, S.** (1991): "*Farming Women. Gender, Work and Family Enterprise.*", London, Mcmillan.

